

José Zorrilla

La leyenda del Cid



GENIO MALIGNO

JOSÉ ZORRILLA

La leyenda del Cid

GENIO MALIGNO

La leyenda del Cid, de José Zorrilla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/La_leyenda_del_Cid.
La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

I

A la muy noble y muy mas leal
ciudad de Burgos

I

Corona condal de España
floronada de castillos,
empenachada de torres
hechas de encaje finísimo:
ciudad labrada con piedras,
cuyo alto valor artístico
en cada muro te ofrece
de diamantes un cintillo;
Reina cuya cabellera
da al viento, en lugar de rizos,
dos trenzas de hebras de roca
de sutileza prodigios,
con vistósísimas plumas
trabajadas en granito,

dos cinceladas agujas
primores del arte ojivo,
asombro de las naciones,
mofa del viento y los siglos,
de su blasón lambrequines
y de su gloria obeliscos;

ciudad madre de los reyes
y los hidalgos invictos
que dieron en tus solares
al reino español principio:
muy noble ciudad de Burgos,
sultana de los castillos,
oye lo que con el alma
en estas hojas te digo;
y haz cuenta que respetuoso
ante tus puertas me hincó,
para ofrecerte de hinojos
un ejemplar de éste libro.

Nobilísima ciudad,
aunque no nací tu hijo,
por ser madre de mi madre
te tengo filial cariño.

De los campos que á tu asiento
sirven de alfombra en un pico,
del viejo Muñó á la falda
y á la sombra de un sotillo,

hay un rincón de tu tierra
que fué de mi madre y mío,
donde ésta con su memoria
me ha dejado un paraíso.

Ya ves que son burgaleses,
aunque tu hijo no he nacido,
la sangre que en mí circula
y el aire con que suspiro.

Por eso te he amado siempre,
y mientras ciego y perdido
erré por mar y por tierra
del mundo en el laberinto,
en medio de sus escollos,
á través de sus peligros,
por encima de sus glorias
y á despecho de su olvido.

tu recuerdo siempre fresco,
como laurel inmachito,
arraigado en mi memoria
sombreando mi alma ha ido.

Fotografiado he llevado
en mis pupilas el sitio
donde á orillas del Arlanza
elevas tus edificios;
y el susurro de tus olmos,
y el murmullo de tu río,

y el timbre de tus campanas
he llevado en mis oídos.
De tí jamás un recuerdo
me dio al corazón martirio,
de tí jamás una espina
se me encontró en el espíritu.
Tus memorias, juguetonas
cual tus corderos merinos,
sabrosas como tu leche,
doradas como tus trigos,
por do quier para mí fueron
de mis penas lenitivo,
de mis esperanzas faro,
de mis dolores alivio.
Tu espolón entre dos puentes,
el torreado frontispicio
del arco imaginario
que restaura Carlos quinto,
tus dismantelados cubos,
tus arabescos postigos,
tus agudos campanarios,
tus cruceros cupulinos,
tus filigranadas torres,
tus nobles templos tan ricos
en cresterías y mármoles,
en verjerías y vidrios,

en sus naves prodigados,
en sepulturas y nichos,
bóvedas, y botareles,
ajimeces, balconillos,
pórticos, escalinatas,
pasamanos, fustes, plintos,
por camarines y claustros
de detalles tan prolijos,
de labor tan minuciosa,
de tan diferente estilo
crestonado, alicatado,
losanjeado, laberíntico,
fenicio, celta, romano,
godo, árabe, bizantino.....
esas mil partes, en fin,
que forman el nunca visto
conjunto del noble todo,
que hace del Burgos antiguo
por el nuevo abigarrado
un cuadro característico,
original, pintoresco,
sin par, y palpable y vivo,
se conservó en mi memoria
perennemente esculpido.
Por eso te he amado, Burgos,
y al volver de un ostracismo,

que nó por ser voluntario
menos amargo me ha sido,
corrí anheloso á tu seno
como á su oasis nativo
vuelve á través del desierto
el árabe peregrino.
Tú, ciudad leal y noble,
con espontáneo cariño
reconociste al poeta
vagabundo y fugitivo:
abrazaste al hijo pródigo,
le diste en tu hogar asilo,
le diste asiento en tu mesa,
convocaste á los amigos,
y celebraste su vuelta
cual la de tu hijo legítimo,
con saraos, serenatas,
convites y regocijos.
Por eso te adoro, Burgos:
porque la primera has sido
que de mi niñez quisiste
volver á escuchar los himnos;
y aunque echaste en ellos menos
cuando volvistes á oírlos
los juveniles arranques
de su vigor primitivo,

no me los desestimaste;
pues sabes que si es preciso
morir ó llegar á viejo,
envejecer no es delito.
Por eso he determinado,
mas que audaz, agradecido,
dedicarte este volumen,
tan sin valor por ser mio.
Porque ¡ay de mí! noble Burgos,
no tengo para ello títulos:
pues nada soy en el mundo,
ni nada jamás he sido.
Yo que marché por la tierra
solo, independiente, altivo,
dejando entre sus zarzales
fui pedazos de mí mismo.
Yo no he creído jamás
en la fe de los políticos,
y nunca viento á mis versos
ha dado ningún partido.
Yo que luz, ni poesía,
ni fe en mis tiempos he visto,
poeta ignaro y excéntrico
extraño á los tiempos mios,
evocando los recuerdos
de las centurias que han sido

he vivido entre las ruinas
cual solitario pelícano;
razas y revoluciones
han girado en torno mio
sin poder arrebatarme
ni un solo instante en su giro.
Y á fuerza de ocupar siempre
el centro del remolino
social, que todo lo mueve
arrastrándolo consigo,
he llegado á estacionarme:
y anonadado y perdido,
á fuerza de no ser nada
no doy razón de mí mismo.
Así que no me preguntes,
Burgos, quién soy ni qué he sido,
do voy, ni de dónde vengo,
porque no sabré decírtelo.
Soy un átomo amante,
que voy sonoro
por la atmosfera errante,
do canto y lloro;
pero mi canto
no se sabe si es nunca
cantar ó llanto.

* * *

Yo mismo tal vez ignoro
quién soy y de donde vengo,
dónde voy y por qué tengo
triste ó gayo el corazón.

Tal vez de alegría lloro,
tal vez de tristeza canto,
mas de mi himno y de mi llanto
no sé acaso la razón.

* * *

Burgos, siento que es mi alma
de tinieblas un abismo,
y yo dentro de mí mismo
no ose nunca penetrar.
¿Quién soy, dó voy, de dó vengo,
por qué canto, por qué lloro?
Pregunta al viento sonoro
dónde va sobre la mar.
Pregunta á sus verdes ondas
de dónde vienen: pregunta
al agua por qué se junta
para hacer un nubarrón;
pregunta quién es al astro
que radia en el firmamento,

pregúntale al sentimiento
por qué hiere al corazón.
Mál quién soy, quien me pregunte,
su curiosidad emplea;
¿qué os importa quién yo sea,
de dó vengo y dónde voy?
Yo soy un ave de paso
á quien Dios dió una voz suave:
¿os gusta el canto del ave?
oidme, cantando estoy.
Mas ¿quién es, os dice el ave
á quien tenéis enjaulada?
No; pero si preguntada
os pudiera responder,
os diria, ¿qué os importa
mi plumaje ni mi acento?

yo soy una hija del viento,
dejadme al viento volver.
Ave de paso, quién sea
que no me pregunte nadie:
dejad al astro que radie,
dejad al viento vagar,
dejad que el mar en la playa
rompiendo sus ondas siga,
sin que sus ondas os diga
de donde vienen el mar.

Dejad cuajarse á la niebla
que por la atmósfera sube,
sin preguntar á la nube
por qué revienta en turbion;
y dejad libres que canten
el pájaro y el poeta;
¿quién mide ni quién sujeta
su vuelo y su inspiracion?
Dejadme: ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido,
por el aire del mundo
solo y perdido!

II

— i: i

II

¿Quién soy? —No sé.— Voz suelta sin pecho que la exhale,
voz que ella misma ignora su germen productor,
que busca sólo acaso que el aire la propale,
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor;
mas eco procedente de mal sondado abismo,
que vive por sí mismo, de sí germinador,
yo soy la voz perdida que va todos los ecos
buscando que del mundo se esconden en los huecos,
para corear con ellos un himno al Criador.

Yo soy la voz que agita perdida en las tinieblas
la gasa trasparente del aire sin color,
que sobre el tul ondula de las flotantes nieblas,
que del dormido lago se mece en el vapor.
Voz de hálito amoroso que con afán aspira
los cálidos effluvios de inextinguible amor:

y cuando entre las nieblas y los vapores gira
los himnos exhalando con que de amor delira,
se embriagan con el ámbar de amor con que respira,
suspiran con el hálito de amor con que suspira
el pájaro, el insecto, y el árbol, y la flor.

Tal vez soy ese incógnito
vago lamento
que en los vacíos ámbitos
se oye del viento.

Su son perdido
¿quién sondaré si es nunca
canto ó gemido?

¿Quién soy? —Lo ignoro.— Tengo en mi ser
tinieblas tales, tal confusion,
que á un tiempo siente pena y placer,
ansia y hastío mi corazón.

Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás descifro mi condicion,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento ó una cancion.

Misterios deben del alma ser:
pero yo de ellos en conclusion
solo averiguo que por do quier
pedazos dejo del corazón.

Yo soy como el arroyo;
desde que brota,
por do á en cada hoyo
deja una gota:

que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

III

— i: i

III

¿Quién soy? —¡Quién sabe!— Mi ser ignoro:

mas de armonía guardo un tesoro:

y siendo armónica mi condicion,

átomo suelto, libre, sonoro,

donde hallo un eco produzco un son.

Y ya se exhale de un arpa de oro,

ya de una ermita del esquilón,

ya del aullido de un muezzin moro,

ya de las turbas en rebelion,

ya de un insecto c|ue errante zumbe,

ya de una gruta que honda retumbe,

ya de un torrente que se derrumbe.....

ya del bramido del aquilón

que el roble añoso crujiendo abata,

que atorbelline la catarata,

que los peñascos de la mar bata,
ó los cimientos de un torreón,
cuanto á mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,
en mí una fibra tocando armónica
encuentra unísona repetición;
y el son más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria ó una canción,
Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,
en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,

en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripción;
en algo móvil que no haga ruido,
en algo oculto que dé un sonido,
en algo há mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondeo un misterio
de que dar cuenta ó explicación.
Con una brisa que el aire plega
de una neblina que el aura azula,
hago un relato que se despliega

de todo un libro por la extension,
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se recula,
ya sobre él pasa, ya no le llega,
ya se derrama, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,
ya en un remanso creciendo ondula,
ya sobre el musgo de un coto salta,
ya de menudas gotas le esmalta
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera
hasta que, escaso de agua y de son,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorcion.
Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nimia suposicion,
campo y escena de cuentos hago
do mis delirios pongo en accion.

Yo soy como la hormiga:
do rpiier recoge
el granillo y la espiga
para su troje:

y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

IV

— i: i

IV

¿Quién soy?—¿Cuál es mi sino?

¿Quién sabe? Peregrino

que gira sin camino

del mundo en rededor,

lo mismo en los sillares

do apoyan sus pilares

los domos seculares

del templo del Señor,

que al pié de los lentiscos

de los agrestes riscos,

donde hace sus apriscos

el mísero pastor,

recojo los cantares

y cuentos populares

que narra en sus hogares

el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.

Yo hago una historia de una patraña,
que oigo á la ciega supersticion
contar al fuego de una cabaña
de un aguacero de invierno al son.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relacion,
y á los palacios y á los castillos
voy á hacer luego su narracion.
Mas por de quiera voy anudando
con almas tiernas honda afeccion;
y por de quiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazón.

Yo soy como la abeja;
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales:
y á su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

V

— i: i

V

¿Quién soy? —¿Quién lo sabe?— Yo mismo lo ignoro.

Creyente sincero del Dios en quien fío,
á él solo me humillo, y á él solo le imploro,
do quier le he hallado velando en bien mio;
do quier le bendigo, le canto y le adoro:
do quier sus creencias evoco con brío;
cantar mi fe firme no tengo á desdoro:
no tengo del pobre vergüenza ó desvío,
mi pan con él parto, su mal con él lloro:
y no me da nunca recelo ni hastío
su sórdido traje, su oscura mansion.

Los más escondidos rincones exploro,
y en todos á todos mi fe les confío,
contando á los unos un cuento sombrío
y haciendo con otros ferviente oracion.

Tal es mi destino: sin oro ni hogares,
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,
mi herencia son sólo mi fe y mis cantares
do quier que me lleva mi fe por el mundo,
y allí donde un día mi espíritu mora,
yo soy el consuelo del alma que llora:
yo cierro las llagas que el tiempo no cura
con bálsamo suave de amor y ternura:
yo riego la herida que encona la ausencia
de dulces recuerdos de amor con la esencia;
y á mí me confían su afán y sus cuitas
las almas que abrigan pasiones secretas
á eterno silencio y misterio sujetas,
y cuyas historias conservo yo escritas.

Yo vivo con esas: yo sé sus azares:
yo lloro con ellas su afán y pesares,
yo parto con ellas su oculta aficción:
y cuando abandono por fin sus hogares,
la hiel de sus penas las vuelvo en cantares
y mi alma las mando bajo una canción.

Yo soy como las nubes,
que los vapores derraman hechos lluvia
sobre las flores; mi alma es un vaso que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

VI

— i: i

VI

¿Quién soy?—Tú no lo ignoras, ¡oh patria á quien adoro!tú, cuyas
tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya afición y estima son mi único laurel:
tú, que eres sola el gérmen de mi cantar sonoro,
que para ti acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabuk del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.
Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar,
y voy, de mi fe mártir, mas fiel á mi destino,
á España por do quiera cantando sin cesar;
y por do quiera francos encuentro en mi camino

amigos que me esperan y hospitalario hogar.

Como una ave de paso
que nunca anida y que vuela al acaso
sola y perdida, yo siempre he ido por el aire del mundo
solo y perdido. Pero ave como el águila
de noble vuelo, la voz para mis cánticos
busco en el cielo: y donde alcanzámi voz va derramando
fe y esperanza.

VII

— i: i

VII

¿Comprendes, noble Burgos, de crónicas archivo, de tradición venero, de
inspiración tesoro,
por qué como poeta con tus recuerdos vivo,
por qué como á la madre que me engendró te adoro?
¿Comprendes por qué el estro que en mí atesoro
no puede decir nunca si canto ó lloro,
y que por eso incierto siempre mi canto
unas veces es himno y otras es llanto?
¿Comprendes que al poeta libre y amante
da Dios la voz y el alma para que cante,
y que por eso en hojas doy á los vientos,
pedazos de mi alma, cantos y cuentos?
Ya de la mía, Burgos, tienes las llaves:
de mi llanto y mis himnos la causa sabes.
Ya de hoy no me preguntes quién soy, qué tengo,

dónde voy, ni de dónde cantando vengo.

Vengo del Occidente

do muere el día, á volver al Oriente

mi poesía, y en tus hogares á volver á mis cuentos

y á mis cantares.

VIII

— i: i

VIII

Y como de el primer dia en que pude oir y hablar,
mi madre me entretenia,
con los cuentos que sabia
de Ruy Diaz de Vivar,
cifra primera de gloria
de la castellana historia
y del burgalés solar,
de Ruy Diaz la memoria
voy la primera á evocar.

Mas no esperes que con pompade homérica entonacion
emboque la épica trompa,
y al romper mi canto, rompa
en épica invocacion.
No: va á acompañar mi acento
un viejo y tosco rabel;

con él canto: y me contento
con que oiga mi pueblo atento
lo que le cante al són de él.

A que mi patria me entienda, no aspira á más mi ambicion:
otro prez y honras pretenda:
mi atmósfera es la leyenda,
mi campo la tradicion.
Si en tal aire cojo viento
y en tal campo hacino miés. . .
Burgos, no llevo otro intento
sino que en tu hogar asiento
entre tus hijos me dés.

La leyenda del Cid

I

I

Despuntaba una mañana
de abril, el mes de las flores;
de sus vírgenes olores
impregnada el aura sana,

esparcía sus aromas
de Arlanza por las riberas,
perfumando sus praderas,
valles, oteros y lomas.

No suele en comarcas tales
el mes de abril tan temprano
dar con tan pródiga mano
capullos primaverales:

mas el año en que esto pasa,
temprano en flores y mieses,
a los pueblos burgaleses
cosechas rindió sin tasa;

y vieron los africanos
de la Castilla fronteros,
apuntalar sus graneros
á los pueblos castellanos.

Era que ya comenzaban
sus pueblos a rehacerse,
y por tierras a extenderse
que a los árabes ganaban.

Era que ya amanecía
el albor de aquella aurora
que de la fortuna mora
la estrella apagar debía.

Era, en fin, que ya la mano
del Dios que humilla y levanta,
comenzaba la fe santa
a levantar del cristiano.

En la edad pues en que empieza
mi cuento, con el risueño
albor de un día abrialeño
(según la historia lo reza)

asumía en su persona
la autoridad real suprema
don Fernando, en real diadema
vuelta la condal corona.

Sancho el Mayor, rey navarro
su padre, le dió esta herencia
porque gozara existencia
par con su aliento bizarro.

El hijo, con la osadía
y el valor de él heredados,
fué ensanchando sus estados
palmo a palmo cada día;
y al burgo ruin dando creces,
en donde los fundadores
fueron los legisladores
de Castilla a un tiempo y jueces,
fué extendiendo los cimientos
de una capital cristiana,
que a amparo de su ley gana
cada año acrecentamientos.

Y es que está ya ardiendo el rayo
con que ha de apagar Castilla
la luna mora, que aún brilla
desde Calpe hasta el Moncayo:

y que se traba y prolonga
ya aquella lucha bizarra,
que concluyó en la Alpujarra
comenzando en Covadonga.

Era, en fin, que ya los soles
de siete siglos corrían,
que hacer señores debían
del mundo a los españoles;

y aquella fe castellana
audaz, ignara y grosera,
tal vez salvó a Europa entera
de ser hoy mahometana.

Por aquel valor salvaje
y aquella fe intransigente,
que a la ilustración de Oriente
jamás rindió vasallaje,

volvió a pasar el Estrecho
la raza de Agar vencida,
y hoy de la Europa es la vida
y la ilustración un hecho.

Bendita, pues, la ignorancia
de aquel nuestro fanatismo,
que dió a nuestro patriotismo
tanta fe, tanta constancia:

y bendito nuestro atraso,
que hizo culta y floreciente
a Europa, a la árabe gente
cerrando de Europa el paso.

Siete siglos nos batimos:
siete centurias de glorias,
que han llenado las historias
con las hazañas que hicimos.

Y de una de estas centurias,
gloria de España, a hablar voy,
mientras a la España de hoy
desgarran sueltas las furias.

Del poeta es la misión:
su voz al pueblo dirige
cuando al pueblo más aflige
alguna desolación.

Hoy, en vez de ser profetas
del porvenir desastrado,
consuelan con lo pasado
a sus pueblos los poetas.

Cual las golondrinas son.
que no echan nunca en olvido
el muro en que hicieron nido
en la pasada estación;

porque siendo hija del cielo
la poesía divina,
cuando el presente declina
tiende ella al pasado el vuelo;

y mirado éste a través
del tiempo y de la distancia,
cobra vida e importancia
y más poético es.

Depurado y desprendido
de las mortales miserias,
por las sociales lacerias
no le vemos ya roído.

Sólo los recuerdos son
veneros de poesía:
siempre cree de más valía
lo perdido el corazón.

Aún imberbe, a mi nación
se lo dije, y hoy en día
que es cana la barba mía,
no he cambiado de opinión.

Política..., ni la tengo
ni me podrán convencer
de que una es fuerza tener,
ni con ninguna me avengo.

Tal vez lo entiendo yo mal :
pero mi opinión sería
que hiciera la patria mía
política nacional.

Mas política de bando
ni me place ni la entiendo,
y sólo un poeta siendo
no tengo ambición de mando.

Basta, pues, de digresiones;
yo no sé si es la política
quien tiene España raquítica
y a cola de las naciones:

mas yo que, sin ambición,
versos tan sólo sé hacer,
útil tan sólo he de ser
con versos a mi nación.

Hice versos a destajo;
y fundo mi patriotismo
en hacer siempre lo mismo
y en vivir de mi trabajo.

Yo sé que los versos son
ocupación hartó fútil
y trabajo casi inútil
para el bien de la nación:

mas no supe otro jamás:
y a creer no me acomodo
que soy apto para todo
como piensan hoy los más.

Versos hice y los haré
mientras dure mi existencia;
me dan pan e independencia,
y no sé quién más me dé.

Que solo quien no progresa
soy, dirán, y quien no avanza;
mas voy con fe y esperanza
caminando así a mi huesa;

y al cabo de la jornada,
para morir me es igual
cama de encajes colgada
que paja en el hospital.

Mi patria, cuando en la lid
de existencia tal sucumba,
me hará justicia en la tumba...
Vuelvo a los tiempos del Cid.

La leyenda del Cid

I

II

Volvamos a la mañana
de abril, el mes de las flores,
en la cual de sus olores
impregnada el aura sana,

esparcía sus aromas
de Arlanza por las riberas,
perfumando sus praderas,
valles, oteros y lomas.

Burgos, corte de Castilla,
pobre aún de caserío,
se contemplaba en el río
del cual se tiende a la orilla,

como moza labradora
que de despertarse acaba,
y en el arrovo se lava
ante la casa en que mora.

Burgos, aunque reina no era
de toda España Castilla,
de un rey en ella la silla
veía por vez primera;

porque bajando de Asturias
van ya los reyes cristianos
cuenta a pedir en los llanos
al moro de sus injurias;

y aunque por las viejas leyes
de sus jueces aún se rige,
Burgos ya jueces no elige,
ni condes: corona reyes.

Ciudad guardada por muros
y con puentes defendida,
Burgos, al crecer, olvida
sus orígenes oscuros:

y aquella humilde aldeana
que se cunó en una choza,
aunque aún no rica y aún moza,
ya aspira a ser soberana.

Torres son ya sus zarcillos,
y fosos sus ceñidores ;
ya no se toca con flores
sino con recios castillos.

En torno suyo, en lugar
de campesinos hogares,
se levantan ya solares
de porvenir secular.

Y entre los cien lugarejos
que salpican sus campiñas,
como sus jóvenes viñas
agazapados conejos,

Arlanza por ambos lados
de su cultivada vega,
lame, espeja, arrulla y riega
cien castillos blasonados.

Y en aquellos torreones
y solares de Castilla,
germinaba la semilla
de los bravos infanzones

que debían engendrar
la nobleza castellana,
que llevó la cruz cristiana
triunfante de mar a mar.

Nobles de Asturias, Galicia,
de Navarra y de León,
alzan ya en ellos pendón
y sustentan ya milicia.

Y Burgos, la albergadora
de labradores sencillos,
del reino de los castillos
comienza a ser la señora.

En uno de ellos, sentado
en la cúspide de un cerro,
de puntas de piedra y hierro
como un jabalí erizado,

vive un asturiano conde
que con el rey mucho priva;
con cuya prez positiva
su orgullo audaz corresponde.

Rico en valor, pobre en vicios
y sobrado de riquezas,
al rey con grandes proezas
tiene hechos grandes servicios.

Robusto y sano, aunque viejo,
al rey Fernando acompaña,
tan bizarro en la campaña
cuan útil en el consejo.

Mucho el rey en él se fía
y él mucho en verdad merece:
mas toda su prez empeece
su insufrible altanería.

Ni cree que puede a él igual
estar hombre a su nivel,
ni que haya quien, par con él,
sea en nada su rival.

Sirve al rey como a Señor;
mas no piensa que del rey
le puede alcanzar la ley,
no siendo el rey que él mejor.

Tiene al rey por el primero;
mas del rey como segundo
no cree que va por el mundo,
sino como compañero;

y aunque fiel a su señor
le asiste y le satisface,
cree que es él quien al rey hace
con sus servicios favor.

Tal es el conde asturiano
que en aquel castillo habita,
y a quien la crónica escrita
titula el conde Lozano.

Si Gómez, Gormaz u Orgaz
antes de éste usó o se puso,
no sé; por Lozano es uso
tomarle: séalo en paz.

De averiguaciones largas
sobre nombres no me ocupo;
bien éste nunca se supo;
conque averígüelo Vargas.

Lozano o no, el en cuestión,
conde o no conde, en mi escrito
lo es, y ni pongo ni quito:
me atengo a la tradición.

Del cerro, en que su castillo
está sentado, la falda
cubre un tapiz de esmeralda
hecho de trébol, tomillo,
césped y musgo muy grueso,
que se pierde en la llanura
bajo la ondosa espesura
de un robledal muy espeso.

Desde la verde colina
que aquel castillo corona,
de tierra una extensa zona
defiende en torno y domina;

siendo aquella posesión
un productivo solar,
y un buen puesto militar
de muy fuerte posición.

Del castillo dependiente
y por él bien protegido,
de palomas como nido,
de abundancia como fuente,

comenzábase a formar
un caserío de exótico
aspecto, entre árabe y gótico,
que empieza a pueblo a aspirar.

Hoy no es más que una alquería;
y entre el bosque que la esconde,
rompe extensa y labra el conde
tierra no ha mucho baldía.

Cuida esta granja un colono,
y labriegos y soldados
la dan con lanza y arados
labor, y tal vez abono

también con su sangre misma;
pues no ha mucho que hizo osada
por su coto una algarada
la ribereña morisma.

Mas desde entonces acá
tanto Castilla creció,
que a lo que entonces osó
jamás a osar volverá.

El moro está tan lejano,
que puede ya sin recelo
dejar sin guarda en el suelo
su mies el conde Lozano.

Tiene una hija el conde aquél
que entra en su quinceno abril,
como una garza gentil,
lozana como un clavel;

blanca como una azucena,
casera como una hormiga
y rubia como una espiga,
la cual se llama Jimena.

Nunca en el suelo español
desde el tiempo de Tubal
belleza a la suya igual
alumbró la luz del sol.

Sus cabellos son un rayo
de luz en hebras partido:
de su piel está el tejido
hecho con nardos de mayo:

su sonrisa es una aurora
que a su faz da un albor suave;
su voz es cántico de ave
que a quien le escucha enamora.

Su boca es una granada;
sus ojos un cielo doble
son: y la da su aire noble
el de una reina o una hada.

Del viejo conde hija sola,
único y postrer capullo
de su raza, a quien su orgullo
pospone todo y lo inmola,

tiene en su casa sin tasa
la libertad y el poder,
y es en forma de mujer
el buen ángel de su casa.

De gracia y virtud tesoro,
del débil amparadora,
de casa gobernadora
y sostén de su decoro,

cuantos en su casa moran
o de su casa dependen,
como a su honor la defienden,
y como a su ángel la adoran.

Su nodriza, montañesa
que desde que la dió el pecho,
la ha aderezado su lecho
y la ha servido a la mesa,

logró para su marido
la guarda de la alquería,
por vivir en compañía
de la de quien madre ha sido:

pues muriendo la condesa
al dar a Jimena aliento,
vió desde su nacimiento
su madre en la montañesa.

Así que una y otra ya
como hija y madre se ven;
y a que se avengan tan bien
avenido el conde está.

La alquería y el castillo
son, pues, morada igualmente
de ambas, a estilo corriente
en aquel tiempo sencillo,
en que el siervo y el señor
solían a un tiempo dar,
al calor de un mismo hogar,
a su intimidad calor:

y ante el siervo y el colono
en su castillo o su aldea,
servía la chimenea
al castellano de trono.

El viejo conde Lozano,
cuyo genio altivo y fosco
le hacía con todos hosco
y a quien nadie iba a la mano,

mas que a Jimena quería
como a la luz de sus ojos,
y de la cual los antojos
más mínimos prevenía,

con su nodriza no más
era manso y halagüeño;
y nunca la puso ceño,
ni la contrarió jamás.

Y como creía que era
el solo amor de la niña,
que con ella se encariña
como una hija verdadera;

y comprendiendo que al par
ella a Jimena adoraba,
a su capricho y sin traba,
dejólas a ambas obrar.

Y hacía bien: la asturiana
era de lealtad modelo
o no la había en el suelo
de la tierra castellana.

Bibiana (que este era el nombre
de la asturiana nodriza)
no descuidó olvidadiza
nunca el honor del rico-hombre;

y cual madre verdadera
de la hija de su señor,
guardó en sus manos la flor
de la honra de ambos entera.

Franca, empero, y complaciente
la asturiana con Jimena,
de tacto mujeril llena,
de su genio la corriente

sabe llevar con tal tino
que la muchacha no avanza,
si en ella no se afianza,
un paso de su camino.

Jamás Bibiana atajó
su voluntad frente a frente,
ni sola por la pendiente
nunca expuesta la dejó.

Tenía, pues, en Bibiana
la venturosa Jimena
esclava de adhesión llena,
amiga, madre y hermana:

y el viejo conde Lozano
fiado en tan buen guardián
no tuvo el menor afán
de irlas jamás a la mano.

Él, tranquilo, a sus negocios
del castillo se ausentaba,
y ausente o no, no turbaba
sus quehaceres ni sus ocios.

Iban y venían juntas
de la alquería al castillo,
y sentábanse en un trillo,
y agujonaban las yuntas,
y trepábanse en los carros,
y trampas en las montañas
iban a las alimañas
a poner tras los chaparros;
y de nardos y amapolas
coronadas, se las vía
con infantil alegría
correr tranquilas y solas

del castillo a la alquería,
de la alquería al castillo;
que en aquel tiempo sencillo
tales costumbres había.

Así hoy y de esta mañana
con la luz tibia y serena,
entraba tras de Jimena
en la alquería, Bibiana;

y mientras que su marido
iba al campo con sus yuntas,
en su hogar soplaban juntas
el fuego mal encendido:

y cuando a solas quedaron,
ido el marido, en su hogar.
de este modo a platicar
ambas a dos comenzaron.

Y aquí, para que marchemos
bien de su diálogo en pos,
a lo dicho por las dos
su nombre al margen pondremos.

Dirá algún crítico acaso
que esto es de comedia a modo,
y que es barajarlo todo
por salir mejor del paso:

pero esta es la gran ventaja
que tienen nuestras leyendas;
de modas son como tiendas,
que todo en ellas se encaja.

La leyenda del Cid

I

III

JIMENA. ¿Estamos solas, Bibiana?

BIBIANA. No hay hombre en casa, Jimena.

JIMENA. Hablemos.

BIBIANA. Enhorabuena:

ya de hablar tenía gana.

Poco hace que silenciosa

andabas y distraída.

JIMENA. Claro-oscuro de la vida:

ahora estoy de hablar ganosa.

BIBIANA. De enamorados costumbre

dicen que es.

JIMENA. Eso es: entabla

tú ahora un sermón.

BIBIANA. Vaya, habla

mientras yo avivo la lumbré.

JIMENA. Digo, pues, que me escribió.

BIBIANA. ¿Quién?

JIMENA. Rodrigo.

BIBIANA. ¿Cuándo?

JIMENA. Ayer.

BIBIANA. ¿Y has contestado?

JIMENA. ¡Mujer!

¿estás loca?

BIBIANA. Creí.

JIMENA. No.

Vendrá él mismo esta mañana

a recibir de mi boca

la respuesta.

BIBIANA. ¡Tú estás loca,

Jimena!

JIMENA. ¿Por qué, Bibiana?

BIBIANA. ¡Dar cita a un mozo!

JIMENA. ¿No es noble?

¿no estarás tú aquí conmigo?

¿no oirás lo que le digo?

BIBIANA. Y será la falta doble,

pues yo contribuiré

a hacer tu culpa más grave:

y si tu padre lo sabe...

JIMENA. ¡Pues si yo se lo diré!

BIBIANA. ¿Tú se lo dirás?

JIMENA. Hoy mismo.

BIBIANA. Y a las dos por la ventana
nos echa el conde.

JIMENA. ¡Bibiana!

BIBIANA. Si no le da un paroxismo
de cólera y se desmaya.

JIMENA. ¿Pues no he de acudir a él
si me propone el doncel
pedirle hoy mi mano?

BIBIANA. ¡Vaya!

¡No pica poco alto el mozo!

JIMENA. Nieto es de Diego Porcelos.

BIBIANA. Harto hará con sus abuelos
sin dineros y sin bozo.

JIMENA. Tal como es, es tan valiente,
que por su gran corazón
ya en Castilla y en León
anda en bocas de la gente.

BIBIANA. Sé que en una montería
de un jabalí al rey libró.

JIMENA. Muerto a sus pies le dejó
cuando al rey acometía.

BIBIANA. Nadie lo vió.

JIMENA. Estaba solo
y extraviado el rey.

BIBIANA. Se inventa
mucho de lo que se cuenta
en la corte.

JIMENA. El rey contólo.

BIBIANA. El rey lo inventa tal vez
al padre para premiar
en él: son los de Vívar
gente en verdad de honra y prez.

Mas diz que ha venido a menos.

JIMENA. Podrá haber sido en hacienda,
mas no hay nadie que pretenda
rebajarles en lo buenos.

BIBIANA. De ajar al mozo no trato;
mas diz que al rey sin respeto
dejo tirado en un seto
a la par con el jabato:
y pues ni cortés le alzó,
ni sacó de su acción fruto,
paréceme que es tan bruto
como el bruto que mató.

Sintió, Jimena, la injuria
de tal frase, y sintió el fuego
pronto a estallar de una furia
justa, con ímpetu ciego.

El genio feroz del conde
se reveló un punto en ella:

mas su ímpetu corresponde
resistir a una doncella.

Bajó los ojos, calló,
y dejó la ira pasar.
Pasó, sonrió y tornó
conversación a trabar.

Y una mirada tan pura
como el sol de la mañana
posando sobre Bibiana,
la preguntó con dulzura:

JIM. ¿Por qué le quieres tan mal?

BIB. No le tengo antipatía,
pero tengo la manía
de que ha de sernos fatal.

JIM. ¿Por qué?

BIB. Con él he soñado
dos veces ya, y en las dos
corría de ambas en pos
furioso y ensangrentado.

JIM. Dos veces también con él
soñé y sangre le tenía,
pues de la guerra volvía
con el sangriento laurel:
con que el doble sueño augura
que va a ser un gran guerrero.

BIB. Es que aún no te he dicho entero
mi sueño: en él su figura
era la de un asesino:
la sangre que le manchaba
era tuya: te acababa
de matar.

JIM. ¡Qué desatino!

BIB. Yo soy muy supersticiosa:
soñarlo ambas, es preciso
que sea del cielo aviso.

JIMENA ¡Delirio!

BIB. Siempre me acosa
desde que tal he soñado:
y el mozo, por quien sentía
al principio simpatía,
por darme miedo ha acabado.
Rompe con él.

Tornó el fuego
de la ira a arder en Jimena;
pero, más que altiva, buena,
dijo, templándose luego:

JIM. Bien: si debo... romperé,
y si después que le veas
y le hables hoy, tal deseas
que haga...

BIB. ¿Le amas?

JIM. Sí a fe.

Siento que en mi corazón
se acrecienta cada día
su cariño.

BIB. Niñería
sin consecuencia.

JIM. Pasión
profunda, según la siento
mi corazón asaltar,
y ocuparme sin cesar
voluntad y pensamiento.

Interrumpió su quehacer
Bibiana, y muy tristemente
dándola un beso en la frente
dijo a la doncella

BIB. A ser
lo que me dices verdad,
y tal a ser tu pasión,
va a ser..., ¡es mi convicción!
una gran fatalidad.

JIM. ¿Por qué lo ha de ser?

BIB. Escucha;
Tú eres niña y aún no ves
la sociedad tal cual es;
yo, sin perspicacia mucha,
tengo tacto y reflexión;

y en mí la falta de ciencia
suplen la grande experiencia
del tiempo y la observación.

Tu padre con el rey priva
años hace, y se me alcanza
que nunca la real privanza
partirá con alma viva.

Don Diego Laínez, padre
del doncel que te enamora,
sea porque al rey ahora
mostrar gratitud le cuadre
a la estirpe del mancebo
que la vida le salvó,
o por razones que yo
ni alcanzo ni alcanzar debo,
del rey a obtener empieza,
según se dice, un favor,
que tiene ya ojo avizor
a toda nuestra nobleza.

La ambición es mala amiga
y con la envidia se aloja,
y al conde tu padre enoja
que se piense y que se diga

que puede hombre alguno haber
que le pueda hacer mal tercio:
en política y comercio
todo el numdo es mercader;

y el favor es mercancía
que todos quieren pujar,
aunque tengan que empeñar
toda su hacienda en un día.

Si en otra ocasión pudiera
dar tu mano a don Rodrigo,
lo que es hoy, ya te lo digo,
es imposible que quiera.

El conde, si otro en Castilla
favor gana y es don Diego,
ha de odiarle desde luego,
y ha de ser su pesadilla.

La demanda de tu mano
por su hijo tomará a injuria:
que la ambición y la furia
turban el juicio más sano.

Nunca el amor querrá ver
en demanda semejante
sino afán de irle delante
en la privanza y poder.

Calló Bibiana: Jimena
quedó muda y pensativa,
de nueva tan aflictiva
devorando mal la pena;

y la nodriza creyendo
corroborar molivándola
su razón, acariciándola
siguió a Jimena diciendo:
BIB. Jimena del alma mía;
si fuera sólo un capricho
todo esto que aquí te he dicho,
jamás dicho te lo habría.

Tengo a tu padre respeto,
gratitud, veneración;
pero de tal posición
te he revelado el secreto

a riesgo de entristecerte,
porque como a hija te quiero,
y a tu desdicha prefiero
mi desventura y mi muerte.

Muchos nobles le han pedido
para sus hijos tu mano,
y por el conde Lozano
desairados han salido.

El conde a tu inclinación
atenderá, no lo niego;
pero el hijo de don Diego
viene en muy mala ocasión.

Convencida imaginaba
ya a la muchacha tener
y peroraba a placer;
mas con su amor no contaba.

No sé qué vago rumor
de Jimena hirió el oído,
por Bibiana no sentido
de su charla en el calor,
que atajándola, sin tiento
se lanzó a la celosía
de un ajimez, que se abría
en el contiguo aposento.

Siguióla inquieta Bibiana:
V empinada en la tarima
del alféizar, por encima
de su hombro, por la ventana
miró, pero ambas en vano
gastaron vista y oído:
ni nada vieron, ni el ruido
se percibió más lejano.

—¿Qué fué? — preguntó Bibiana.

— No sé — respondió Jimena:

Créí oír..., mas nada suena.

BIB. No vendrá tan de mañana.

JIM. Pero al fin ha de venir

hoy o mañana; ¿qué hacer?

¿con él sin razón romper?

¡No! Ni yo le he de decir

lo que él acaso no sabe

y en lo que parte no tiene;

ni a mí este amor me conviene

que sin razón por mí acabe.

BIB. Déjame a mí pulsar.

Veremos después de oír

lo que te viene a decir,

cómo lo hemos de arreglar.

¿No sabe él ya que yo sé

que te ha visto y que te ha hablado?

JIM. Sabe que hay siempre a mi lado

quien nos oye y quien nos ve:

y que de no ser así

ni me viera ni me hablara;

que más que mi amor me es cara

la honra limpia en que nací!

BIB. Bien, Jimena; y pues que todo
como ha debido ha pasado,
después que él se haya explicado,
yo me explicaré a mi modo.

Y con lo mal que el tiempo anda
y con vuestra poca edad,
yo haré sin dificultad
que él suspenda su demanda.

Y si os queréis bien los dos
y Dios el tiempo mejora,
lo que no atemos ahora
más tarde lo atará Dios.

.....

Y así diciendo Bibiana
y dando un beso a Jimena,
tornó aquella a su faena
y esta tornó a la ventana.

La leyenda del Cid

I

IV

Levantóse el caserío
de aquella granja del conde
de un castillo de los moros
con los viejos paredones.
Sobre unas ruinas romanas
por los moros fabricóse;
quemáronle los cristianos:
y, abandonado en el bosque,
creció sobre la maleza,
sus ruinas guardando el monte
ocultas desde su pérdida
por los moros hasta entonces;
y cuando el conde Lozano
con el rey vino a la corte

de Castilla y fincó en ella,
las descubrió en el desmonte.

Era el castillo condal
de piedra una inmensa mole,
que campeaba sobre un cerro
sin que las vistas le estorbe
nada en torno: dominando
sus macizos torreones
llano y valle, cual vigía
de aquellos alrededores.

En tiempo de Cárlo-Magno
unos ricos borgoñones
con el rey mal avenidos
fueron de él los fundadores.

Rico en agua, esbelto y sólido,
sobrado de habitaciones,
abundante en caza y aguas
su comarca, superiores
sus terrenos, su aire sano,
buenos y bravos sus hombres,
de palacio y fortaleza
tiene a un tiempo planta y dotes.

Así que al hallar en ruinas
el moruno, desprecióle
el conde, y a sus colonos
pudiendo útil ser, cediósele

al marido de Bibiana,
de cachicanes, pastores
y motriles para albergue.
El colono, más que pobre
ruin, aprovechó los muros
y los bajos de las torres;
y escombros vendiendo y piedras
a ricachos hidalgotes
de lugar, para él se hizo
en ellas habitaciones:
y en torno de ellas y a vista
de sus mismos miradores,
dejó el recinto en que tiene
cuadras, rediles y trojes,
y las demás dependencias
de su tráfico y labores.
Pero por fuera y por dentro,
todo ello fué hecho conforme
del viejo castillo moro
permitieron trecho y corte;
de modo que la alquería
era un conjunto deforme
de partes heterogéneas,
en el más gayo desorden.
Aquí de un arco cargado
de cúficas inscripciones

cerraba el hueco un tabique
hecho de toscos adobes.
Más allá, y entre dos tapias
de escombros y de cascote,
se abre un pórtico arabesco
festonado de agallones,
frisado de alicatados
y cargado de labores
laberínticas, miniadas
con minuciosos primores.
Allá, en la esquina en que corta
el viento de Oriente al Norte,
junto a un ajimez esbelto
gira un balconaje enorme,
del cual formó el buen labriego
un corredor sobre postes,
y sobre el cual dan las luces
del aposento en que come.
Este ajimez pintoresco
y este corredor que corre
a Oriente con escalera
a un jardinillo sin flores,
están sombreados y orlados
por los verdes pabellones
de las hojas de una parra
que bajo de ellas les coge:

y tras de la celosía
de aquel ajimez, fué donde
se apostó muda Jimena,
y allí permanece inmóvil.

Por cuanto alcanza la vista
su vista el campo recorre
y escucha atenta, mas nada
alcanza a ver, nada oye.

Jimena a quien ama espera,
y en su tardanza supone
falta de amor o palabra,
o empeños que desconoce.

El corazón amoroso
vagas sospechas la roen,
y hacen tal vez que las lágrimas
a sus pupilas se agolpen,
¡Ella espera... y él no viene!
y el sol en el horizonte
corrió ya un cuarto del cielo:
ya envió a los trabajadores
de su primera comida
Bíbiana las provisiones:
y su marido muy pronto
es fuerza que a casa torne.

Las dos veces que ha venido
el enamorado joven,
para acercarse ha tomado
minuciosas precauciones.
Una, apenas era día,
otra, empezaba a ser noche:
y ambas para no ser visto
amparábase del bosque;
y obró en ambas el mancebo
como caballero noble,
que evita cauto, apariencias
que la calumnia provoquen:
que el español que es hidalgo,
jamás a su dama expone
en lenguas y ojos del vulgo
por cartas, ni por balcones.

Hoy, si viene, no ser visto
es imposible que logre:
todo el campo está ya lleno
de sol y trabajadores.

Ya no vendrá: tal vez tenga
para ausencia tal razones,
para falta tal excusas
que en tal conducta le abonen;
mas como no las alcanza
Jimena, que en vano absorbe

todos los ruidos del aire,
que, apoyos engañosos
de sus esperanzas frágiles,
al alzarse en él se rompen,
desesperanzada al cabo
del ajimez retiróse.

La leyenda del Cid

I

V

Pero no bien apartó
la faz de la celosía,
pasos de alguno sintió
que al huerto saltado había;
y al ajimez se volvió.

Jimena, con alborozo
y sobresalto a la par,
vió al enamorado mozo
que procuraba el embozo
sobre la faz conservar:

y en la amante imprevisión
de tal gozo y sobresalto,
corrió a la otra habitación
y echóse, abriendo el balcón,

en el corredor de un salto.

Bibiana al par, que tal ve,
corrió al ajimez de junto
al balcón: y a punto fué,
porque ya el mozo en tal punto
del balcón llegaba al pie.

Jimena intentó ordenar
del huerto al mozo salir:
pero no pudo llegar
tal orden a pronunciar
porque él la empezó a decir:

«Jimena del alma mía,
si cual yo os amo me amáis,
hoy ha amanecido el día
en que el alma a la alegría
y a mi corazón me abráis.

Yo en decir como en obrar
soy breve, recto y sencillo:
mi padre acaba de entrar
vuestra mano a demandar
al conde, en vuestro castillo.

Mi padre lo ha consultado
con don Fernando primero,
y el Rey su venia ha otorgado;
que salga el Rey desairado

por vuestro padre no infiero.

Yo al mío hoy acompañe
hasta el castillo, y corrí
a deciros el por qué
tanto a la cita tardé;
mirad si el tiempo perdí.

Debo a mi padre aguardar
del robledal a la vera;
no me quisiera arriesgar
a que un instante tuviera
por su hijo allí que esperar.

Con que pues sabéis desde hoy
el favor que con el Rey
tiene mi padre, y yo estoy
en que a su demanda es ley
que acceda el conde... me voy.

Jimena del alma mía,
si vuestra mano me dan,
dijo el Rey que al otro día
del casamiento, me haría
de una hueste capitán.

Si tal mano y tal bandera
llego en un día a lograr,
Jimena, en España entera
no ha de haber rey ni bandera

que abata la de Vivar. »

Y así el mancebo diciendo,
y el balcón tan bajo viendo,
de la retorcida parra
el pie en un nudo poniendo,
trepa y del balcón se agarra:

y con esfuerzo pujante
que la baranda estremece,
ízase de ella delante;
la da un beso y de un gigante
salto... cae... y desaparece.

Por rápida que acudió
Bibiana al balcón y a ella,
ni el beso de él atajó,
ni vió si se le volvió
aturdida la doncella.

Jimena en su confusión
y en su duda la asturiana,
quedaron en conclusión
como quien ve una visión
al abrir una ventana.

Ninguna osando abordar
la delicada cuestión
de lo que se pudo dar
ni tomar en el balcón,

mirábanse sin chistar.

Colocándose por fin
Bibiana en la situación,
dijo: «Quien pudo al balcón
saltar, bien pudo al jardín:
mas no es ésta la cuestión.

Ya no hay remedio: tu mano
dio ya o le negó a don Diego
tu padre el conde Lozano. »

JIM. Y a la boda el soberano
ha accedido, desde luego.

BIB. Que eso no te dé esperanza.

JIM. ¿Por qué?

BIB. Porque ni con Dios
parte el conde la privanza;
y aquí está la malandanza
del negocio entre los dos.

JIM. ¿Crees que mi padre quizás
resistir osará al Rey?

BIB. Tu padre es hombre que atrás
nunca se hará, ni jamás
sufrirá de nadie ley.

JIM. ¡Dios sea entonces mi escudo!
Ya he dado a Ruy el corazón
para siempre.

BIB. No lo dudo:

sólo teniéndole pudo

llegar hasta tu... balcón.

Dios quiera que ese mancebo

fatal a ambas no nos sea.

JIM. ¿Ya vuelves a eso de nuevo?

BIB. Creer en sueños no debo,

lo sé: ¡mas tengo esa idea!

De silencio tras buen trecho,

BIBIANA, oyendo arrancar

a Jimena un ¡ay! del pecho,

dijo: «Ya el mal está hecho:

a lo hecho pecho y andar.»

La leyenda del Cid

I

VI

Cuando al fin de su carrera
Rodrigo Díaz llegó
del robledal a la vera,
a un paje no más halló
que le habló de esta manera:

«Tu padre, a escape al tornar
a Burgos torvo y mohíno,
te envía por mí a ordenar
que deshagas el camino
y le esperes en Vivar.»

El mancebo, aunque azorado
por lo que el paje le dijo,
obedeció a lo mandado
en la sumisión criado

y el respeto de un buen hijo;
y vueltas dándose a dar
a lo que a entender no acierta,
no dejó de caminar
cavilando hasta la puerta
de su casa de Vívar.

.....

Cuando a más del mediodía
repecharon del castillo
Jimena y su ama la vía,
dijo a aquélla en el rastrillo
el paje que se la abría:

«El conde a Burgos no ha un hora
al partir a rienda suelta,
dejó ordenado, señora,
que no volváis desde ahora
a salir hasta su vuelta.»

Jimena, aunque no avezada
á que nadie la dirija
orden así formulada,
la así por su padre dada
acató cual buena hija.

Y, aunque azorada, a no dar
su brazo a torcer resuelta,
se fué en silencio a encerrar

en su aposento, la vuelta
del conde en él a esperar.

Índice

I	4
II	15
III	18
IV	22
V	24
VI	26
VII	28
VIII	30
La leyenda del Cid	32
La leyenda del Cid	40
La leyenda del Cid	55
La leyenda del Cid	68
La leyenda del Cid	75
La leyenda del Cid	81